CARTA VII DE PLATON SOBRE SU EXPERIENCIA POLITICA EN SIRACUSA

Platón, a los parientes y amigos de Dion, ¡Salud!

Me habéis escrito para decirme que esté convencido de la conformidad de vuestros pensamientos con los de Dion, y me comprometéis por consiguiente en forma insistente a ayudaros en la medida de lo posible, por mis actos y mis palabras. Ciertamente, si en verdad vuestra manera de ver las cosas y vuestros deseos son los mismos de Dion, consiento en colaborar; de lo contrario, debo reflexionarlo. De sus concepciones y proyectos puedo hablar con seguridad, no por conjetura, sino con certeza. En efecto, cuando por primera vez vine a Siracusa, tenía cerca de cuarenta años: Dion tenía entonces la edad que actualmente tiene Hiparinos, y entonces veía las cosas como nunca dejó de verlas: los siracusanos, según su punto de vista, debían ser libres y regirse según las más excelentes leyes. No sería sorprendente que una divinidad haya conformado las ideas políticas de Hiparinos en forma semejante a las de Dion. ¿Cuál fue su génesis? Ello vale la pena de ser conocido por jóvenes y viejos. Voy pues, a haceros el recuento de ello desde su origen: Las circunstancias presentes brindan la ocasión.

Antaño, en mi juventud, sentí lo que sienten tantos jóvenes. Tenía el proyecto de ingresar en la política tan pronto como pudiese disponer de mí mismo. Pero, he aquí en qué estado

se ofrecían a mí, entonces, los negocios de la polis: la forma de gobierno existente, combatida en forma directa desde diversos frentes, hizo crisis como resultado de una revolución. A la cabeza del nuevo orden se pusieron como jefes cincuenta y un ciudadanos, once en la ciudad, diez en el Pireo (estos dos grupos fueron designados para el Ágora y todo lo que concierne a la administración de las ciudades), pero treinta constituían la autoridad superior con poder absoluto. Ahora bien, entre éstos tenía yo parientes y amigos que me invitaron inmediatamente para ofrecerme una labor que, según su pensamiento, me convenía. Me hice entonces ilusiones que no eran sorprendentes a causa de mi juventud. Me imaginaba, en efecto, que gobernarían la ciudad conduciéndola de las vías de la injusticia a las de la justicia. Observaba ansiosamente lo que iban a hacer. Pero vi a los hombres actuar en tal forma que hacían pensar con nostalgia en el viejo orden de cosas como en una edad de oro. Sin hablar de otras violencias, se encarnizaron con mi caro y viejo amigo Sócrates, a quien no dudo en proclamar el hombre más justo de su tiempo. Quisieron reunirlo a otros hombres encargados de conducir por la fuerza a un ciudadano para condenarle a muerte, y todo con el propósito de hacerlo cómplice de su política, de buen o mal grado. Sócrates no obedeció y prefirió exponerse a los peores peligros, más bien que convertirse en cómplice de acciones criminales. A la vista de todas estas cosas y de otras del mismo género y de no menor importancia, me llené de indignación, y volví la espalda a las miserias de esta época. Pronto cayeron los treinta, y con ellos, todo su régimen. De nuevo, bien que con menos energías, fui acosado por el deseo de mezclarme a los asuntos del Estado. Ocurrieron entonces, porque era un período de disturbios, muchos hechos indignantes, y no es extraordinario que las revoluciones hayan servido para multiplicar los actos de venganza personal. Sin embargo, los que vinieron en ese entonces hicieron gala de mucha moderación. Pero, cosa inexplicable, he aquí que gentes poderosas llevan delante de los tribunales al mismo Sócrates, nuestro amigo, y elevan contra él una acusación de las más graves y que en manera alguna merecía: Por impiedad los unos lo señalaron ante el tribunal y los otros lo condenaron, e hicieron morir al hombre que no había querido participar en el criminal

arresto de uno de sus amigos, entonces proscritos, cuando, proscritos ellos mismos, estaban en la desgracia. Viendo aquello y viendo los hombres que conducían la política, mientras más consideraba las leyes y las costumbres, mientras más avanzaba en edad, más difícil me parecía administrar bien los negocios del Estado. Por una parte, sin amigos y sin colaboradores fieles aquello no me parecía posible. Pero entre los ciudadanos actuales no era fácil encontrarlos, porque ya la ciudad no era regida según los usos y costumbres de nuestros antepasados. En cuanto a conseguirlos de nuevo no podría esperarse hacerlo sin muchas dificultades. Además, la legislación y la moralidad estaban corrompidas hasta tal punto, que yo, en principio lleno de ardor para trabajar por el bien público, observando esta situación y viendo cómo todo marchaba a la deriva, terminé por estar agobiado. Sin embargo, no cesaban de buscar los medios posibles de una mejora de la situación y especialmente del régimen político; pero esperaba el momento preciso para actuar. Finalmente, comprendí que todos los Estados actuales están mal gobernados, porque su legislación es casi incurable, sin remedios enérgicos unidos a circunstancias felices. Entonces fui conducido irresistiblemente a loar la verdadera filosofía y a proclamar que sólo a su luz puede reconocerse dónde está la justicia en la vida pública y en la vida privada. Por lo tanto, no cesarán las desgracias para los humanos hasta que la raza de los puros y auténticos filósofos no llegue al poder, o hasta que los jefes de los Estados, por una gracia divina, no se pongan a filosofar verdaderamente.

Tal era el curso de mis pensamientos cuando llegué a Italia y a Sicilia por primera vez. Por ese entonces, la vida que allí llamaban feliz, llena de perpetuos festines italianos y siracusanos, me disgustó profundamente; hartarse dos veces al día, jamás acostarse solo en la noche ... Y todo lo que sigue a este género de existencia. Con semejantes costumbres no hay hombre bajo el cielo que, viviendo esta vida desde su infancia, pueda llegar a ser sensato (¿qué naturaleza sería tan maravillosamente equilibrada?) ni adquirir jamás el buen juicio: y lo mismo diré de todas las virtudes. Igualmente, no hay ciudad que pueda llegar a permanecer en paz bajo sus leyes, por buenas que ellas sean, si los ciudadanos creen su deber entregarse a locos derro-

ches, y por consiguiente a la completa ociosidad, salvo para banquetes y bebetas, y cuando ellos sólo se cuidan de proseguir sus amores. Necesariamente tales Estados jamás dejaron de ir violentamente de tiranía en oligarquía y en democracia, y las gentes que poseen el poder no soportarán ni siquiera el escuchar el nombre de un gobierno de justicia y de igualdad.

Hacía estas reflexiones y las precedentes durante mi viaje a Siracusa. ¿Es esto un azar? Creo más bien que un Dios se esforzaba entonces por fomentar todos los hechos que en el presente se han desarrollado en torno a Dion y los siracusanos, y es necesario temer aún peores males, si ahora vosotros no seguís los consejos que yo os doy por la segunda vez. Pero ¿cómo puedo yo sostener que mi llegada a Sicilia fue el origen de todos estos acontecimientos? En mis relaciones con Dion, que aún era joven, explicándole mis puntos de vista sobre lo que me parecía mejor para los hombres y comprometiéndolo a realizarlos, corro el riesgo de no haberme apercibido que de una cierta manera trabajaba inconscientemente por la caída de la tiranía. Porque Dion, muy abierto a todas las cosas y especialmente a mis discursos, me comprendía admirablemente, mejor que todos los jóvenes que jamás he frecuentado. Dion decidió llevar en adelante una vida distinta a la de la mayoría de los italianos y sicilianos, haciendo más caso de la virtud que de una existencia de placer y de sensualidad. Desde entonces, su actitud llegó a ser cada vez más odiosa a los partidarios del régimen tiránico, hasta la muerte de Dionisio. Después de este acontecimiento se hizo el proyecto de no guardar sólo para sí los sentimientos que le había hecho adquirir la verdadera filosofía; por otra parte, comprobó que otros espíritus los habían ganado, pocos sin duda, pero sin embargo algunos, y entre ellos, creyó poder contar inmediatamente al joven Dionisio, con la ayuda de los dioses. Si ello era así, ¡qué vida de increíble felicidad llegaría para él, Dionisio, y para todos los siracusanos! Además, creyó que yo debía de todas maneras dirigirme lo más rápidamente posible a Siracusa para cooperar a sus deseos: no olvidaba con cuánta facilidad nuestra amistad le había inspirado el deseo de la vida bella y jubilosa. Si ahora inspiraba este mismo deseo a Dionisio, como lo intentaba, tenía la más grande esperanza de establecer en todo el país, sin masacres, sin asesinatos, sin todos los males

que se han producido actualmente, una vida feliz y verdadera. Lleno de estos justos pensamientos, Dion persuadió a Dionisio de llamarme, y él mismo me pidió venir lo más rápidamente posible, no importa cómo, antes que otras influencias se ejercieran sobre Dionisio para comprometerle en una existencia diferente a la de la vida perfecta. He aquí cuáles eran sus instancias, aunque deba alargarme un poco: "¿Qué ocasión mejor podríamos esperar, decía él, que la que nos ofrece actualmente el favor divino?" Con respecto a esto me representaba este imperio de Italia y de Sicilia, y la pujanza que él tenía, la juventud de Dionisio y su gusto tan vivo por la filosofía y la ciencia, sus sobrinos y parientes, tan fáciles de ganar para la doctrina y para la vida que yo no cesaba de predicar, y quienes eran muy capaces de influír sobre Dionisio. En suma, nunca más que al presente podía esperarse realizar la unión en los mismos hombres de la filosofía y de la conducción de los grandes Estados. Tales eran sus exhortaciones, y muchas otras del mismo género. Pero yo, de una parte, no carecía de inquietud a propósito de los jóvenes, sobre lo que sucedería un día —porque sus deseos son fugaces y se cambian frecuentemente en los contrarios—; sabía, por otra parte, que Dion poseía un carácter naturalmente severo, y que tenía una edad ya madura. Como reflexionaba y me preguntaba con vacilación si era necesario o no ponerme a la obra y ceder a las solicitudes, lo que hizo inclinar la balanza fue el pensamiento de que si alguna vez se podía emprender la realización de mis planes legislativos y políticos, era el momento de ensayarlo: no había sino que persuadir suficientemente a un solo hombre y todo se habría ganado.

En estas disposiciones de espíritu, me aventuré a partir. Ciertamente no estaba impulsado por los motivos que algunos se imaginan, pero enrojecía, sobre todo, de pasar a mis ojos por un charlatán que jamás quiere poner manos a la obra, y de correr el riesgo de traicionar en primer lugar la hospitalidad y amistad de Dion en un momento en que atravesaba serios peligros. Pero, si le ocurriese una desgracia, si arrojado por Dionisio y sus otros adversarios, aparecía delante de mí y me decía: "Oh Platón, vengo a ti proscrito: no han sido ni hoplitas ni caballeros los que me han hecho falta para defenderme contra mis enemigos, sino aquellos discursos persuasivos por los cuales

tú puedes impulsar las gentes jóvenes al bien y a la justicia, y al mismo tiempo establecer entre ellos en toda ocasión los vínculos de la amistad y la camaradería. Eso me ha faltado por tu culpa, y he aquí por qué he abandonado a Siracusa, y me encuentro ante ti. Pero mi suerte es aún para ti el menor motivo de vergüenza: La Filosofía, ella a quien tienes siempre en los labios y que consideras despreciada por el resto de los hombres: porque traicionándome la has traicionado, en cuanto ello dependía de ti". Sí, si nosotros hubiésemos habitado en Megara, a mi llamado, tú habrías seguramente volado para socorrerme o, de lo contrario, te habrías considerado el último de los hombres. Y ahora tú pretextas la magnitud del viaje, la importancia de la travesía, la fatiga, y ¿crees poder escapar en el porvenir al reproche de cobardía? Se necesita demasiado para ello. Y bien. A estas palabras, ¿qué respuesta valedera habría podido yo dar? Ninguna. He, pues, partido por motivos razonables y justos, en cuanto pueden serlo los motivos humanos, abandonando a causa de ello mis ocupaciones habituales que no carecían de gloria, para ir a vivir bajo una tiranía que no parecía convenir ni a mis enseñanzas ni a mi persona. Dirigiéndome a vuestra corte, me absolvía ante Zeus el hospitalario, y liberaba al filósofo del reproche que se me habría arrojado, si por amor a la comodidad o por timidez me hubiera deshonrado.

A mi llegada —es preciso ser breves— no encontré sino disturbios alrededor de Dionisio: se calumniaba a Dion ante el tirano. Lo defendí con todo mi poder, pero mi poder era pequeño, y al cabo de tres meses aproximadamente, Dionisio acusó a Dion de conspirar contra el régimen tiránico, le hizo embarcar en un pequeño navío y le proscribió afrentosamente. A continuación de aquello, todos dudábamos, los amigos de Dion, de vernos inculpados y castigados como cómplices de sus intrigas. A propósito de mí, corrió el rumor en Siracusa de que había sido condenado a muerte por Dionisio como cómplice de todo lo que había ocurrido. Pero este último, viéndonos tan alarmados y sospechando que el miedo pudiese conducirnos a actos más graves, nos trató con benevolencia, y a mí en particular me estimuló, me comprometió a tener confianza, y me rogó con todas sus fuerzas que permaneciese a su lado, porque si le abandonaba, no se deduciría de ello ningún bien para él, lo que sí po-

dría ocurrir si permanecía en Siracusa. Por esta causa él afectaba suplicarme con insistencia. Pero nosotros sabemos cuán llenas de coacción son las súplicas de los tiranos. Dionisio tomó sus medidas para impedir mi partida: me hizo conducir y alojar en la acrópolis. De allí ningún capitán de navío me hubiese conducido, no digo contra la voluntad de Dionisio, sino a menos de tener una orden expresa de embarcación emanada de él; ni comerciante alguno, ni ningún oficial encargado de vigilar las fronteras del país, me habrían dejado partir solo sin detenerme inmediatamente y remitirme a Dionisio, sobre todo porque corría entonces un nuevo rumor, contrario al precedente, de que Dionisio testimoniaba hacia Platón una amistad sorprendente. ¿Qué había de verdadero en todo aquello? Es necesario decir la verdad: Dionisio se unía a mí día a día a medida que se familiarizaba con mis maneras y mi carácter; pero quería obtener de mí más consideración que Dion, y hacerme creer que me profesaba un mayor afecto que éste, en todo lo cual ponía un maravilloso sentido del honor. El mejor medio de alcanzar su propósito, suponiendo que éste fuese posible, era el de anudar conmigo relaciones íntimas, convirtiéndose en mi discípulo y escuchando mis lecciones de filosofía; pero vacilaba y escuchaba discursos de difamadores, que le hacían temer que fuese entrabado de alguna manera en su libertad y ver todos los proyectos de Dion realizados. Por mi parte, soportaba todo con paciencia, firmemente fiel al primer deseo que allí me había conducido, en la esperanza de que él se entusiasmaría con la vida filosófica: pero su resistencia dio razón de mis esfuerzos.

He aquí todos los acontecimientos que marcaron los primeros días de mi visita y mi viaje a Sicilia. En seguida partí, pero volví de nuevo a causa de la solicitud insistente de Dionisio. Cuáles fueron mis móviles y mis actos, cuán razonables y justos, os lo mostraré más tarde, para responder a aquellos que quieren saber con qué intenciones vine por segunda vez. Pero antes quiero daros mi punto de vista sobre lo que es necesario hacer en las circunstancias presentes: porque no quisiera sacrificar en mi carta lo principal a lo accesorio. He aquí, pues, lo que tengo para decir:

El médico, consultado por un enfermo que sigue un régimen funesto para su salud, ¿no debe, en primer término, hacerle cam-

biar de género de vida, y si el paciente obedece, continuar suministrando sus consejos? Pero si el paciente no presta su consentimiento, tengo por hombre justo y por verdadero médico a aquel que se niega a toda consulta con semejante hombre, y en cambio, el que cede es para mí un cobarde y un ignorante. Lo mismo ocurre con un Estado, sea que tenga únicamente un amo, sea que tenga varios. Si el gobierno marcha, como es necesario, por el camino recto y pide consejo sobre un punto que le interesa, un hombre sabio puede darle tales consejos. Pero para los Estados que se apartan completamente de la recta política, que rehusan definitivamente seguir sus pasos, que ordenan a sus consejeros dejar la constitución tal cual es y no tocarla, bajo pena de muerte para quien lo haga; que quieren que todos se pongan al servicio de sus voluntades y de sus pasiones, y que se les indique los medios más fáciles y rápidos de satisfacerlas en todo el tiempo por venir, tendría por un cobarde al hombre que consintiera tales consejos, y por valiente al que rehusara hacerlos.

Tales son mis sentimientos, y cuando alguien me consulta sobre un punto importante de su vida, por ejemplo, sobre la adquisición de riquezas o el cuidado que debe dar a su cuerpo o a su alma, si veo que tal hombre conduce su vida cotidiana de una cierta manera, o que muestra buena intención de seguir mis consejos en las materias que me somete, entonces estoy presto a suministrar mi consejo, y no me limito a una respuesta superficial para deshacerme de él. Pero si no me consulta o si veo que no seguirá en lo más mínimo mis puntos de vista, no le ofrecería a tal hombre mi parecer, ni le haré violencia, aunque fuese mi propio hijo. Podría dar consejos a un esclavo, y si rehusara seguirlos, obligarlo a ponerlos en práctica; pero a un padre o a una madre estimo que sería impío coaccionarlos, a menos que estuvieran dementes. Si ellos abrazan una forma de vida que les agrada y que a mí me repugna, no seré yo quien vaya a indisponerlos inútilmente con mis reproches, ni a servirles adulándolos o procurándoles con qué satisfacer pasiones tales que si yo debiera acogerlas me negaría a vivir. Siguiendo esta regla debe conducirse el sabio frente a su ciudad. Si encuentra que su país está mal gobernado, que hable si no ha de hablar en el vacío ni correr el riesgo de su vida, pero que no haga violen-

cia a su patria para cambiar de gobierno cuando no es posible establecer uno mejor sin proscribir ni asesinar ciudadanos. Que permanezca tranquilo y pida a los dioses por su bienestar y el de su patria.

De esta manera podré yo aconsejaros, y es así que de acuerdo con Dion, aconsejé en primer término a Dionisio que arreglase su vida diaria en forma tal que fuese cada vez más dueño de sí mismo y pudiese adquirir leales amigos y partidarios, a fin de evitar lo que aconteció a su padre, que, habiendo recobrado varias grandes ciudades de Sicilia asoladas por los bárbaros, no supo, después de haberlas salvado, dar a cada una un gobierno leal, confiándolo a colaboradores escogidos, ya entre los extranjeros, ya entre sus hermanos, que él había elevado siendo más jóvenes que él, y que, de simples particulares, había hecho jefes, y de pobres los había transformado en ricos poderosos, no logró, ni por la persuasión, ni por la instrucción, ni por las buenas obras, ni por los lazos de parentesco, hacer de ninguno de ellos un asociado de su poder, y fue en esto siete veces inferior a Darío, quien fiándose de gentes que no eran sus hermanos y que no había educado, sino que solamente le habían ayudado a suprimir al eunuco meda, dividió su reinado en siete partes, de las cuales cada una era más grande que Sicilia entera, y encontró en ellos colaboradores leales, y nunca adversarios, fuese de él mismo, o los unos de los otros. Dio así el ejemplo de lo que debe ser el buen legislador y el buen rey; porque las leyes que él estableció son todavía hoy la salvaguardia del Imperio Persa. Agreguemos a este ejemplo el de los atenienses: tomaron un gran número de ciudades griegas invadidas por los bárbaros, y aunque no las habían colonizado y las habían encontrado todas pobladas, no dejaron de guardar su imperio sobre ellas durante setenta años; porque habían hecho amigos en cada una de ellas. Dionisio, al contrario, aunque hubiese juntado toda Sicilia en un solo Estado, creyéndose demasiado astuto para fiarse de alguien, tuvo mucha dificultad en mantenerse; porque era pobre de amigos y de partidarios leales. Sin embargo, no hay signo más seguro de virtud o de vicio que el de tener o no tener tales hombres consigo.

Es lo que aconsejamos de común acuerdo a Dionisio, Dion y yo, porque bajo la tutela de su padre, él no había recibido ni la

educación ni las lecciones convenientes a su ramo. Nosotros lo convencimos de que se preocupara primero por hacerse, entre sus parientes y los jóvenes de su edad, otros amigos que estuviesen de acuerdo en practicar la virtud y, sobre todo, en estar de acuerdo consigo mismo, porque él tenía maravillosamente necesidad de ello. Nosotros no hablábamos, es verdad, abiertamente, lo que hubiese sido peligroso, sino con palabras veladas, y poníamos todos nuestros esfuerzos en demostrar que uno no puede salvarse a sí mismo y a los que gobierna sino siguiendo estos principios, y que tomando otro camino, se llega a resultados completamente contrarios. Si él se comprometía en el camino que le indicábamos, si se volvía reflexivo y sabio, y si entonces quería levantar las ciudades arruinadas de Sicilia, unirlas entre sí por leyes e instituciones políticas en una confederación que las ligaría a él, y la una a la otra, contra las invasiones de los bárbaros, no sólo duplicaría el imperio de su padre; en realidad lo redecuplicaría: porque, si ese plan tenía éxito, estaría en mejores condiciones para reducir a servidumbre a los cartagineses de lo que había estado antaño Gelón. En cambio, ahora su padre se había visto reducido a pagar un tributo a los bárbaros.

He aquí lo que decíamos y aconsejábamos quienes conspirábamos contra Dionisio, según los rumores que corrían por diversos lados, rumores que prevalecieron en su espíritu, que hicieron exilar a Dion y nos lanzaron al temor. Pero para terminar la relación de una multitud de acontecimientos que se siguieron en poco tiempo, Dion, habiendo regresado del Peloponeso y de Atenas, infligió a Dionisio una lección con sus hechos. Sin embargo, cuando hubo liberado y devuelto la libertad a la ciudad por segunda vez, los siracusanos se comportaron frente a él como lo había hecho Dionisio, cuando ensayó, instruyéndolo y formándolo para ser un rey digno de mandar, de asociarse con él en toda su conducta. Pero la confianza de Dionisio se otorgaba a los calumniadores, quienes pretendían que todo lo que Dion hacía entonces tendía a derrocar la tiranía: porque él esperaba que Dionisio, absorto en su gusto por el estudio, se desinteresaría del gobierno y lo otorgaría a él, Dion, quien tomaría el poder y se desembarazaría de Dionisio a fuerza de astucia. Estas calumnias, que habían triunfado entonces, triunfaron por

segunda vez entre los siracusanos, triunfo totalmente absurdo y vergonzoso para sus autores.

¿Qué ocurrió entonces? Es necesario que lo diga a quienes me llamaron a tomar parte en los asuntos actuales. Vine, como ateniense, amigo y aliado de Dion, con el objeto de restablecer la fraternidad en lugar de la guerra: pero fui vencido en mi lucha contra los calumniadores. Dionisio ensayó entonces de atraerme por medio de presentes y dinero, con el fin de tener en mí un testigo y un amigo que le serviría para justificar la expulsión de Dion; pero fracasó totalmente en sus propósitos. Más tarde, cuando Dion volvió a su patria, trajo consigo dos camaradas, que habían llegado a ser sus amigos, gracias, no sólo a la filosofía, sino a aquella camaradería que está en el origen de la mayor parte de las amistades, y que se forma entre los huéspedes y los iniciados en los pequeños y los grandes misterios. Tales eran también los dos amigos que le acompañaron a su retorno: fue por relaciones de esta índole y por la ayuda que le prestaron para volver a su patria, por lo que habían llegado a ser sus camaradas. Pero una vez en Sicilia, tan pronto como se dieron cuenta de que Dion era objeto de calumnias entre los sicilianos que había libertado y que se le acusaba de aspirar a la tiranía, no sólo traicionaron a su camarada y hospedero sino que fueron, por así decirlo, sus propios sacrificadores, yendo, las armas en la mano, a prestar auxilio a los asesinos. Este crimen vergonzoso e impío, no quiero, por mi parte, ni callarlo ni contarlo, porque no faltan gentes que han tomado y tomarán en el porvenir la tarea de celebrarlo. No excluiré de mi silencio sino lo que han dicho de los atenienses, a saber, que estos dos hombres han cubierto de vergüenza a la ciudad. Porque afirmo que también era un ateniense aquel que no ha traicionado a Dion, a pesar de que con ello podía procurarse riquezas y muchos otros honores. Igualmente, no era una amistad mercenaria lo que los unía, sino una comunidad de ideales libres: sólo de una unión de esta índole debe fiarse un hombre inteligente, más bien que de un parentesco de alma y cuerpo. Así, no es justo que nuestra ciudad sea agraviada a causa de los asesinos de Dion como si alguna vez hubiesen sido hombres de significación.

He dicho todo esto para que sirva de advertencia a sus amigos y parientes. Repito, por otra parte, por tercera vez, puesto que

sois los terceros en consultarme el mismo consejo y la misma advertencia: es preciso que ni Sicilia, ni ningún otro Estado, estén sujetos a amos absolutos —tal es mi punto de vista— sino a leyes; porque esto no es bueno ni para los que mandan, ni para los que obedecen, ni para ellos, ni para sus hijos, ni para los hijos de sus hijos. Semejante empresa es siempre perniciosa. Los triunfos violentos pertenecen a las almas mezquinas y bajas, incapaces de conocer, entre las cosas divinas y humanas, las que son buenas para el porvenir y para el presente.

De esto es de lo que he ensayado persuadir, en primer lugar a Dion, en segundo lugar a Dionisio y en tercer lugar a vosotros. Escuchadme, pues, por el amor de Zeus, tercer salvador, luégo volved los ojos hacia Dionisio y Dion: el primero no me creyó y vive actualmente en la vergüenza; el segundo me creyó, y ha muerto noblemente. Porque aquel que busca para sí mismo y para su patria lo que hay de más bello aunque sea a costa de sufrimientos, sólo puede recibir lo justo y lo bello. Ninguno de nosotros, en efecto, es inmortal y si alguno llegara a serlo, no sería feliz como el vulgo lo imagina; porque no hay ni mal ni bien de que valga la pena hablar para quien no posea un alma. Sólo el alma puede conocerlos, sea cuando está unida a un cuerpo, sea cuando está separada. Es necesario tener una fe real en las viejas y santas tradiciones que nos dicen que el alma es inmortal, que tiene jueces y que sufre los más grandes castigos cuando se desprende de su cuerpo. Por lo tanto, es necesario tener en cuenta que es mejor sufrir los grandes crímenes y las grandes injusticias que cometerlos. El hombre ávido de riquezas y pobre de alma no escucha semejantes discursos, o, si los escucha, cree que debe ridiculizarlos impúdicamente; como una bestia salvaje cae sobre todo lo que puede darle de comer o beber, o se harta del placer servil y desgraciado que, sin razón, suele recibir el nombre de Afrodita. Es un ciego que no ve las consecuencias de la impiedad de sus actos ni el mal que produce cada uno de sus crímenes. Esta impiedad necesariamente acompaña al criminal a su paso por la tierra y cuando realiza bajo ésta un viaje vergonzoso y lleno de toda clase de miserias.

Con discursos de esta naturaleza y otros del mismo género he persuadido a Dion. He tenido las más justas razones para indignarme contra los que lo han matado, lo mismo que contra

Dionisio: lo que ellos me han causado, la más grande pena, oso decirla a la humanidad entera, los unos matando a un hombre que quería instaurar la justicia, el otro rehusando practicarla en su reinado, mientras tenía el más grande poder y reunía en la misma persona la filosofía y la fuerza. Dionisio podía hacer aparecer a los ojos de todos, griegos y bárbaros, e imprimir profundamente en todos los espíritus esta opinión verdadera: que no hay bienestar para los pueblos, ni para los individuos, si no gobiernan su vida con sabiduría, bajo las leyes de la justicia, sea que tengan la virtud en su propia naturaleza, sea que hayan sido nutridos y educados justamente según las costumbres de gobernantes piadosos. Hé aquí el mal que ha hecho Dionisio: las penas que ha causado por añadidura tienen para mí poca importancia, comparadas a ésta. En cuanto al asesino de Dion, desconoce que ha hecho el mismo mal que Dionisio. Porque Dion, estoy seguro, en la medida en que un hombre puede responder de los sentimientos de otro hombre, jamás habría admitido, si hubiese poseído el poder, otra forma de gobierno que ésta: después de haber librado a Siracusa de la esclavitud, después de haberla lavado y vestido como a una mujer libre, en seguida habría puesto en función todos los medios para dar a la ciudad las leyes más sabias y perfectas; luégo, abordando la tarea que se imponía después de ésta, habría puesto todos sus cuidados en repoblarla y en liberarla de bárbaros, expulsando los unos y sometiendo los otros más fácilmente que lo hubiera hecho Hierón. Si todo esto hubiese sido cumplido por un hombre justo, valiente, temperante y filósofo, la mayor parte de los hombres se habrían formado la misma idea de la virtud, la misma que habría prevalecido, podemos decirlo, en el espíritu de todos, si Dionisio me hubiese escuchado, y la misma que les habría salvado. Pero, de hecho, algún demonio o alguna divinidad vengativa ha desencadenado entre vosotros el desprecio a las leyes y a los dioses, y sobre todo, la ignorancia temeraria en que todos los males humanos echan sus raíces, germinan y se producen los frutos más amargos para quienes los han sembrado. Y es esta ignorancia la que todo lo ha trastornado y perdido por segunda vez. Pero ahora no pronunciemos sino buenas palabras para que los augures nos sean favorables en esta tercera vez. No ceso de aconsejaros a vosotros, amigos de Dion, que imi-

téis su amor a la patria y su vida frugal, que ensayéis también, bajo mejores auspicios, de realizar sus deseos. Ya os he explicado claramente cuáles eran. Si hay entre vosotros alguien que no pueda vivir a la manera dórica, como vuestros antepasados, y que siga el género de vida de quienes han sacrificado a Dion y el de los sicilianos, no lo llaméis a ocupar un puesto entre vosotros, y no creáis que alguna vez pueda realizar una acción noble y leal. A los otros, llamadlos, sea de la misma Sicilia, sea de todo el Peloponeso, para repoblar vuestra patria y vivir bajo leyes iguales para todos. Tampoco temáis a los atenienses; porque en Atenas también hay hombres que sobrepasan a los otros en virtud, y que desprecian a quienes tienen la audacia de asesinar a sus huéspedes.

Pero si estas proposiciones sólo pueden ser realizadas más tarde, y si actualmente os halláis enfrentados con las múltiples querellas de toda clase que surgen cada día entre las facciones, todo hombre que tenga por algún favor del cielo la más mínima parcela de opinión recta, debe comprender que los pueblos en revolución no podrían ver el fin de sus males mientras los vencedores no cesasen de ejercer represalias con batallas, expatriaciones, ejecuciones, y busquen tomar venganza de sus enemigos. Que adquieran ellos suficiente dominio de sí mismos para establecer leyes comunes, propias para satisfacer a los vencidos como a ellos mismos, y que los fuercen a observar las leyes por dos medios de coacción: el respeto y el temor; el temor, haciéndoles ver que, gracias a su superioridad, podrían forzarlos a hacerlo; el respeto, mostrándoles que son superiores por la moderación de sus deseos y por la voluntad y la capacidad de someterse a las leyes. En otra forma, no hay solución posible para los males de un Estado dividido en su propio sér. Las facciones, las enemistades, los odios, las desconfianzas se renuevan sin cesar en las ciudades que sufren tales disensiones.

Es pues necesario que los vencedores, si quieren asegurar su salvación, escojan entre ellos mismos aquellos griegos que tienen la mejor reputación, ante todo hombres de edad avanzada, que tengan niños y mujeres, y antepasados tan numerosos, tan virtuosos, tan notables, como sea posible, y posean una fortuna suficiente. En cuanto a su número, cincuenta ciudadanos de esta calidad serían suficientes para una ciudad de diez mil habitantes.

Es necesario, a fuerza de ruegos y de honores, hacerlos venir, y cuando hayan venido, rogarles, comprometerlos bajo fe de juramento, para que hagan leyes que no otorguen ventaja ni a los vencedores ni a los vencidos, sino que concedan derechos iguales y comunes a todos los ciudadanos. Una vez establecidas estas leyes, todo depende de la condición siguiente: si los vencedores se muestran más sumisos a las leyes que los vencidos, la salvación y el bienestar del Estado están asegurados, y todos los males desaparecerán. Si no, no me llaméis a mí ni llaméis a nadie a colaborar con gentes que rehusan seguir nuestras prescripciones. El plan que proponemos es hermano del que Dion y yo, en nuestra devoción a Siracusa, ensayamos de realizar, y que era sólo el segundo; el primero era el que ensayamos de realizar con Dionisio para el bien común de todos. Pero una fatalidad, más fuerte que los hombres, lo destrozó. Ensayad ahora vosotros de triunfar con la ayuda de la fortuna y el fervor de los dioses.

He aquí los consejos y recomendaciones que os envío, y el relato de mi primer viaje a la corte de Dionisio. En cuanto al viaje y a la travesía que hice después, y a las justas razones que me determinaron a hacerlo, aquellos que se interesen pueden saberlo ahora. La primera parte de mi viaje en Sicilia se desarrolló como lo he contado, antes de dar mis consejos a los parientes y amigos de Dion. Hé aquí la segunda parte: Hice todo lo posible por determinar a Dionisio a que me dejase partir, e hicimos los dos un mutuo compromiso para el momento en que la paz se concertara; porque Sicilia estaba entonces en guerra. Dionisio, por su parte, declaró que nos llamaría, a Dion y a mí, cuando hubiera consolidado su poder, y pidió a Dion que no considerase su alejamiento como un exilio sino como un viaje. Por mi parte, me comprometía a regresar bajo estas condiciones. Cuando se concluyó la paz, Dionisio me llamó, pero pidió a Dion que esperase un año todavía. En cuanto a mí, me rogaba regresar de todas maneras, porque corría entonces el rumor en Sicilia de que Dionisio había sido poseído de un gusto maravilloso por la filosofía; por eso, Dion me apremiaba de no negarme al llamado. Por mi parte, sabía bien que las gentes jóvenes toman así, de pronto, el gusto por la filosofía; sin em-

bargo, me pareció mejor no escuchar por el momento las voces de Dion y de Dionisio, y hube de desencantarlos a ambos contestándoles que ya era un anciano y que, por otra parte, nada de lo que habíamos convenido se observaba.

Entre tanto, parece que Arquitas se dirigió hacia Dionisio, porque antes de mi partida yo los había puesto en relaciones de amistad; después de hacer esto había yo partido. Existían entonces en Siracusa gentes que habían tenido conversaciones con Dion y otras que a su turno las habían escuchado de labios de sus amigos, gentes repletas de fórmulas filosóficas mal digeridas. Creo que intentaron discutirlas con Dionisio persuadidos de que me habían oído exponer toda mi doctrina. Dionisio, que por otra parte no carece de aptitud para asimilar lo que se le enseña y que es prodigiosamente vanidoso, les tomó gusto a estas discusiones, y se esforzaba por dejar ver que no había tomado conmigo ninguna lección mientras yo era su huésped. Fue así como prendió en él el deseo de escucharme, para aclarar sus dudas sobre mi doctrina, al mismo tiempo que era impulsado por la vanidad. Por qué razón no había sido uno de mis discípulos durante mi primer viaje a Siracusa, os lo acabo de explicar en la primera relación que acabo de haceros. Como pude regresar sano y salvo y rehusaba rendirme a su segundo llamado, Dionisio se vio tocado profundamente en su amor propio —creo yo— y temía que se supusiese que lo despreciaba después de la experiencia de su temperamento que yo acababa de hacer, lo mismo que de su carácter y género de vida; temía, además, que yo no quisiese volver a su corte porque estaba disgustado con él.

Pero es preciso que diga la verdad sin inquietarme, porque después de haber escuchado y comprendido lo que ha pasado, se llegue a menospreciar mi filosofía y a pensar que el tirano dio pruebas de inteligencia. El hecho es que Dionisio, renovando por tercera vez su llamado, me envió una nave para facilitarme el viaje. Envió igualmente a Arquidemos, porque pensaba que era el siciliano que yo estimaba más, discípulo de Arquitas. Con él venían también otros sicilianos conocidos míos. Todos me trajeron la misma noticia: que Dionisio había hecho prodigiosos progresos en filosofía. También se me entregó una larga carta de Dion, conociendo mis sentimientos a propósito

de éste y su deseo de verme regresar a Siracusa. La carta del tirano, hecha de acuerdo con estos datos, comenzaba más o menos así: "Dionisio a Platón". Luégo, después de los cumplidos de costumbre y sin otros preliminares, continuaba en la siguiente forma: "Si aceptas mi llamado y vienes a Sicilia, los asuntos de Dion se arreglarán a satisfacción tuya, porque, estoy seguro, tú no harás exigencias irrazonadas, y que así todas se acordaran. De otra manera, ningún asunto concerniente sea a su persona, sea a sus intereses, se arreglará, según tus deseos". He aquí en qué términos se expresaba él sobre este tema: en cuanto al resto, sería demasiado largo y fuera de propósito mencionarlo aquí. Por ese entonces recibía también numerosas cartas de Arquitas y de los tarentinos en las cuales se me decía que si no iba en esta oportunidad, rompería los lazos de amistad que los unían a Dionisio, amistad muy importante desde el punto de vista político; además se hacían en ellas grandes elogios sobre el amor del tirano por la filosofía. Tales eran las solicitaciones que entonces me asaltaban. De Sicilia y de Italia se me atraía, mientras que de Atenas se me impulsaba literalmente hacia el exterior a fuerza de insistencias. Y el mismo argumento volvía hacia mí de nuevo: que era preciso no traicionar a Dion, ni a mis huéspedes y amigos de Tarento. Yo mismo llegué a pensar que no existe nada sorprendente en que un hombre joven, bien dotado, creyendo tratar temas importantes, se apasione con ello de la vida perfecta. Era, pues, necesario darse cuenta claramente del lado en que se encontraba la verdad, no rehusar este deber y no exponerse a un reproche grave si realmente había algo cierto en todo lo que se decía.

Habiendo cerrado los ojos sobre este razonamiento, me puse en marcha colmado de aprensiones y presentimientos nada favorables. Vine, pues, y debo la tercera suerte a Zeus salvador; porque fui una vez más salvado felizmente, por lo cual debo gratitud a Dionisio después de Dios; porque muchas gentes querían perderme, y él se opuso y conservó frente a mí algún pudor.

A mi llegada, lo primero que consideré necesario hacer fue asegurarme si en realidad Dionisio estaba encendido de amor por la filosofía, o si los rumores que sobre este particular ha-

bían corrido en Atenas carecían de fundamento. Pues bien, para hacer esta prueba hay un método que no carece de valor, sobre todo cuando se trata de tiranos, y más especialmente cuando, como es el caso de Dionisio, éstos tienen la cabeza colmada de doctrinas mal comprendidas. A gentes de esta especie es preciso mostrarles cuán vasta es la filosofía, cuál es su esencia, qué dificultades ofrece y qué laboriosidad exige. Así advertido el que está realmente dotado para ella, que siente su afinidad y que la merece, porque participa de lo divino, admira la ruta que se le muestra y se persuade de que es necesario dedicarse a ella con todas sus fuerzas, y que no se puede vivir si se hace cosa diferente. Luégo, dedicándose personalmente, llevando consigo un guía, no se detiene sino hasta alcanzar sus propósitos, o de haber adquirido la capacidad para poder conducirse sin su instructor. Tal hombre vive en este estado de espíritu; se ocupa, es verdad, de los asuntos a que se ha comprometido, pero siempre permanece afecto a la filosofía y al régimen cotidiano que le harán más capaz de enriquecerse y razonar, gracias a la sobriedad que reina en su derredor. El régimen contrario al suyo no le inspira sino repugnancia. Pero aquellos que no son filósofos y que no poseen sino un barniz superficial de opiniones, como las gentes que tienen la piel bronceada por el sol, cuando ven que hay tanto que aprender y tanto que hacer, y que este régimen de vida diaria es el único que conviene para sus obras, entonces juzgan que este estudio es difícil, imposible, y se convierten en seres incapaces de proseguirlo, y algunos de ellos llegan a convencerse de que conocen demasiado lo que se les enseña y que no vale la pena mortificarse para aprenderlo. Es esta la mejor experiencia para apreciar los hombres aficionados a la molicie e incapaces de soportar el sufrimiento. Por esta razón, tales hombres sólo pueden acusarse a sí mismos y no a su señor, si son incapaces de llevar a la práctica las exigencias de la filosofía.

Con Dionisio ensayé el procedimiento que acabo de describir. Aunque no agoté la materia, ni, por otra parte, Dionisio lo pedía. Porque éste pretendía saberlo todo y haberlo aprendido de otros maestros. Incluso más tarde se me dijo que había escrito un tratado sobre lo que le había enseñado yo, presentándolo como de su propia cabeza, y completamente distinto

a lo que yo le habría transmitido. Sin embargo, no sé nada cierto de eso. Pero, ciertamente, sé que otros han escrito sobre los mismos temas. Mas, ¿qué estimación merecen quienes no se conocen a sí mismos? En todo caso, hay algo que puede decirse de quienes han escrito o escribirán sobre las cosas que me ocupan, sea por haberlas aprendido de otras o de mí, sea por haberlas descubierto ellos mismos; y es que no es posible que ellos hayan comprendido algo de mi ciencia. De mí, al menos, no existe ni existirá ningún tratado de estas materias, porque no se las puede reducir a fórmulas, como las otras ciencias: es como resultado de un largo trato y de una vida en la meditación de estos problemas, como la verdad surge en el alma como una luz que arroja un resplandor y después crece sólo. Sin duda, sé bien que si fuese necesario exponer mi doctrina ya por escrito, ya oralmente, yo mismo sería quien mejor lo haría. Pero sé también que si la expresión fuese defectuosa, sería yo el más afligido. ¿Qué habría podido hacer mejor en mi vida que editar y expresar convenientemente para el pueblo doctrinas tan útiles sobre la naturaleza de las cosas? Pero no creo que instituír en estas materias lo que se llama un argumento sea bueno para los hombres, salvo para la minoría que es capaz, tras una ligera indicación, de descubrir toda la verdad. En cuanto a los otros, se les llenaría de un desprecio injusto y fuera de lugar por la filosofía, o de una vana esperanza de haber adquirido conocimientos sublimes. Pero quiero extenderme luégo sobre este tema. Posiblemente veríais más claro lo que yo digo, cuando me haya explicado. Hay, en efecto, una razón sólida, hecha para detener a quien ose escribir sobre estas materias cualquier cosa. La he señalado más de una vez; pero parece que es necesario repetirla.

Hay para cada uno de los seres tres cosas indispensables para quien desea adquirir su conocimiento. La ciencia es la cuarta de ellas, y es necesario reconocer como la quinta lo que es cognoscible y existe realmente. La primera es el nombre; la segunda, la definición; la tercera, la imagen, y la cuarta, la ciencia. Para comprender lo que acabo de decir, tomad un ejemplo y aplicadlo a todo. Hay algo que llamamos círculo, que tiene por nombre la misma palabra que acabo de pronunciar. En segundo lugar hay una definición de círculo, compuesta de nombres

y verbos: lo que es en todas partes equidistante del centro, tal es la definición de lo que llamamos redondez, circunferencia, círculo. En tercer lugar viene el objeto que se dibuja y se borra, que se ha fabricado en el torno y que se destruye, mientras el círculo mismo al cual se refieren todas estas cosas es completamente ajeno a estas vicisitudes, porque es de naturaleza diferente. La cuarta cosa es la ciencia, la inteligencia y la verdadera opinión relativas a estos objetos, que es preciso englobar en un solo género, y que no residen en las palabras ni en las formas corpóreas, sino en las almas, por lo cual es evidente que poseen una naturaleza diferente a la del círculo mismo y a las otras tres cosas que he mencionado antes. De estos elementos, la inteligencia, por el parentesco y la semejanza, es el que se acerca más al quinto. Los otros están mucho más alejados.

Las mismas distinciones se aplican a las figuras rectilíneas o esféricas, a los colores, a lo bueno, a lo bello, a lo justo, a todos los cuerpos fabricados por la mano del hombre o a los productos de la naturaleza, al fuego, al agua, a todas las substancias de este género, a los animales, a las cualidades del alma, a las acciones y a las pasiones de toda clase. Si no se aprehenden de una manera o de otra estos cuatro elementos, nunca se llegará al perfecto conocimiento del quinto. Agregad que estos cuatro elementos ensayan expresar la calidad no menos que la esencia de cada objeto, a causa de la debilidad inherente al lenguaje. De manera que ningún hombre sensato se aventurará jamás a confiarle sus pensamientos, sobre todo cuando debe fijarse, como es el caso de los caracteres escritos.

Pero volvamos a lo que decíamos hace un momento, porque es preciso comprenderlo bien. Cada uno de los círculos dibujados en los ejercicios de geometría, o hechos en el torno, está lleno de lo que es opuesto al quinto elemento. En efecto, confina en todas sus partes con la línea recta; pero el círculo en sí, digámoslo, no contiene ningún elemento grande o pequeño de naturaleza opuesta a la suya. Nosotros decimos, igualmente, que el nombre de estas figuras carece por completo de rigidez, que nada impide llamar rectas a las que llamamos esféricas actualmente, y esféricas las que hoy llamamos rectas, y que los nombres no serán menos fijos cuando se les haya cambiado y

aplicado en sentido opuesto. Lo mismo tenemos para la definición, puesto que ella está compuesta de nombres y verbos y, por consiguiente, nada tiene de absolutamente fija. Hay mil pruebas de cada uno de estos cuatro elementos es incierto. Pero la más fuerte es la que hemos dado un poco atrás: como hay dos principios, la esencia y la calidad, y el alma busca conocer, no la calidad, sino la esencia, cada uno de los cuatro elementos le presenta, en los razonamientos y en los hechos, lo que ella no busca, y como cada objeto descrito o mostrado es siempre fácilmente refutado por los sentidos, no hay persona que no se encuentre llena de dudas e incertidumbres. También en aquellas cosas en que de ordinario, a consecuencia de una defectuosa educación, no buscamos la verdad, y en las cuales nos contentamos con la primera imagen que se presenta, no damos motivos de risa los unos a los otros, respondiendo a quienes nos interrogan, porque podemos desarmar y convencer de error a estos cuatro elementos. Pero cuando exigimos que se dé respuesta por el quinto elemento y que se le explique, cualquiera, capaz de refutar, no tiene sino que quererlo para lograrlo y hacer creer a la mayoría de los auditores que quien expone sus doctrinas en discursos, escritos o respuestas, nada conoce de lo que intenta escribir o decir; porque no siempre se sabe que no es el espíritu del escritor o del orador lo que se refuta, sino la naturaleza de cada uno de los cuatro elementos que es esencialmente defectuosa. Pero es a fuerza de someterlos a la crítica, subiendo y descendiendo de uno a otro, como se engendra la ciencia, cuando el objeto y el espíritu son ambos de buena calidad. Si, por el contrario, se es por naturaleza mal dotado, como es el caso de la mayor parte de las almas con respecto a la ciencia y de lo que se llama costumbres, o si sus disposiciones han sido deterioradas, en este caso no se podría ver nada, ni siquiera con los ojos del lince. En una palabra, si no se tiene afinidad con el objeto, ni la facilidad de espíritu, ni la memoria darán jamás la vista porque ella no puede nacer sino en estas condiciones. Por consiguiente, ni aquellos que carecen de apego natural o afinidad con lo justo y todo lo que es bello, teniendo incluso la facilidad y la memoria, los unos para una cosa, los otros para una diferente, ni los que poseen esta afinidad, pero que tienen dificultades para aprender y retener,

ni los unos ni los otros aprenderán jamás sobre la virtud ni sobre el vicio toda la verdad que es posible conocer. Es, en efecto, indispensable conocer al mismo tiempo las dos cosas, lo verdadero y lo falso de toda la naturaleza, lo que exige trabajos de toda suerte y mucho tiempo, como lo he dicho al comienzo. Es cuando se han frotado unos nombres contra otros, definiciones, visiones, sensaciones; cuando se ha discutido en controversias amigables, donde el deseo no dicta ni las preguntas ni las respuestas, es entonces cuando resplandece, y todavía con pena, la luz de la sabiduría y de la inteligencia, tensa como puede serlo la inteligencia humana.

Y he aquí por qué todo hombre serio que se ocupa de temas realmente serios se guardará mucho de escribir y de arrojar su pensamiento como pasto para la envidia y la incomprensión del público. Es preciso sacar de esto la siguiente breve conclusión: que cuando se ven composiciones escritas, sea por un legislador sobre las leyes, sea por cualquiera otro sobre cualquier tema, él no ha tomado a serio su obra si es que era serio él mismo. Pero si ha realmente depositado en sus escritos, como algo serio a sus ojos, sus pensamientos, es el caso de decir que, a despecho de los dioses, los mortales le han hecho perder el espíritu.

Quienquiera que haya seguido esta explicación y esta digresión comprenderá fácilmente que, si Dionisio o cualquier otro menos grande o más grande que él, ha escrito alguna cosa sobre los primeros y más altos principios de la naturaleza, nada de lo que ha escrito está basado sobre sanas lecciones y sanos estudios; mi argumentación lo ha mostrado. En otra forma, habría tenido por estas verdades el mismo respeto que yo, y no habría osado entregarlas a una publicidad fuera de lugar y, por otra parte, inconveniente. En efecto, no es para ayudar a su memoria para lo que él hubiera compuesto este escrito. No se corre el riesgo de olvidar estas verdades una vez que se las tiene en el espíritu. Si realmente ha escrito algo, es para satisfacer una baja ambición, sea dando la doctrina por suya, sea queriendo aparecer como habiendo participado en una enseñanza de la cual no era digno, puesto que sólo amaba la fama que esta participación podía procurarle. Si la única lección que yo le he dado ha sido suficiente para instruírle, se puede ad-

mitir su pretensión. Pero, cómo ha podido operar él así, sólo Zeus lo sabe, como se dice en Tebas. Yo sólo le he explicado mi doctrina una vez, tal como lo he dicho, y nunca más.

Si se quiere describir cómo han podido sucederse las cosas como ellas se han sucedido, en efecto, en estas circunstancias, es necesario darse cuenta del motivo por el cual no he hecho una segunda, ni una tercera, ni ninguna otra exposición de mi doctrina. ¿Dionisio se imagina que después de haberme escuchado una vez, sabe lo suficiente, sea por sus propios medios, sea por las lecciones que ha recibido de otros maestros? O bien, ¿juzga que mi enseñanza es de mediocre valor, o, tercera hipótesis, que ella no está hecha a su medida, que le sobrepasa y que él es realmente incapaz de vivir consagrado a la sabiduría y a la virtud? Si afirma que mi doctrina es insignificante, tendrá contra él muchos testimonios que sostendrán lo contrario, testimonios de personas que son, en tales materias, jueces mucho más competentes. Si ha encontrado o aprendido estas verdades y las juzga dignas de servir a la educación de un alma libre, ¿cómo, a menos de ser un hombre extraordinario, ha podido desdeñar tan fácilmente a su guía y maestro en estas materias? Cómo lo ha desdeñado, voy a decíroslo.

A pocos días de eso, Dionisio, que hasta ese momento había dejado a Dion la posesión de sus bienes y el goce de sus rentas, prohibió a sus curadores enviarle cualquier cosa al Peloponeso, como si hubiese olvidado sus promesas anteriores. Estos bienes, reflexionaba Dionisio, no pertenecen a Dion sino a su hijo, mi nieto, del cual soy tutor. He aquí cómo se ha comportado Dionisio en el pasado. Viéndole actuar así, me di perfecta cuenta de su amor a la filosofía y, quisiéralo o no, había lugar a mi indignación. Entonces era verano y salimos del puerto. Me asaltaba por esos días el pensamiento de que tenía tanto derecho a quejarme de Dionisio como de mí mismo y de quienes me habían forzado, por tercera vez, a afrontar el estrecho de Sicilia,

Para pasar de nuevo la funesta Caribdis.

Pero, creí mi deber decir a Dionisio que me era imposible quedarme mientras Dion era tratado de una manera tan ul-

trajante. Dionisio hizo entonces el ensayo de disuadirme de mi decisión de partir, persuadido como estaba de que su honor estaba comprometido si yo partía llevando conmigo tales noticias. Yo soñaba partir en un transporte para realizar la travesía; porque estaba irritado y resuelto a jugarme el todo por el todo, si se intentaba obstaculizarme la ruta, puesto que no había cometido falta alguna y, por el contrario, era yo quien tenía motivos de queja. Cuando el tirano vio que me resistía irrevocablemente a quedarme, imaginó para retenerme el siguiente subterfugio: Al día siguiente de nuestra entrevista, vino a verme para pronunciar ante mí un discurso especial: "Entre tú y yo, me dijo, están Dion y sus intereses, sobre los cuales estamos con frecuencia divididos. Despojémonos de este obstáculo. He aquí lo que pienso hacer por Dion en tu homenaje. Encuentro bien que recobre sus bienes y que viva en el Peloponeso, no en calidad de exilado, sino con el derecho a regresar, cuando él, tú, yo y sus amigos nos pongamos de acuerdo, pero esto a condición de que no conspire contra mí. Vosotros todos y sus parientes responderéis ante mí por su conducta, y él, a su turno, os dará su palabra. Los bienes que reciba serán depositados en el Peloponeso y en Atenas en las manos que elijáis vosotros. Dion tendrá el goce de ellos, pero no será libre de tomarlos sin vuestro consentimiento. No tengo suficiente confianza en él para creer que con tales riquezas a su disposición —porque son cuantiosas—, se mostrará leal para conmigo. Tengo más confianza en ti y en los tuyos. Si esta propuesta es aceptable para ti, quédate este año en Sicilia y en el año próximo partirás llevando contigo los fondos. Estoy seguro de que Dion te estará muy reconocido de haber hecho esto por él.

Este discurso me contrarió vivamente; sin embargo, dije que reflexionaría sobre sus propuestas y que le haría conocer mi decisión al día siguiente. Esto fue lo que se convino entre nosotros. Luégo, ya solo, me consulté a mí mismo y me sumí en una gran perplejidad. El primer pensamiento que tuve fue el siguiente: si después de mi partida, Dionisio no mantiene sus promesas, y escribe a Dion y le hace escribir por sus amigos para comunicarle las proposiciones que me ha hecho, a fin de persuadirlo que él estaba listo a un arreglo, pero que yo no he

consentido en nada y no he mostrado la menor preocupación por sus intereses; si, por otra parte, Dionisio no quiere dejarme partir, y si, sin dar orden él mismo a un patrón de barco, deja entender que parto sin su consentimiento, ¿habrá alguno que desee tomarme como pasajero cuando me evada del palacio de Dion? Porque, para colmo de males, me alojaba en el jardín vecino a palacio, y tampoco el portero me habría dejado salir sin una orden expresa de Dionisio. De otro lado, me decía yo, si me quedo todavía este año, tendré ocasión de hacer saber la realidad a Dion, y si Dionisio es tan poco fiel a su palabra, no quedaría en ridículo por haber actuado como lo he hecho, porque la fortuna de Dion, avaluada en justicia, posiblemente no se eleva a menos de cien talentos. Pero si los acontecimientos que preveo giran como es verosímil que girarán, me pregunto qué me sobrevendrá. Sin embargo, quizá sea necesario tener todavía paciencia durante un año y tratar de descubrir con ayuda de los hechos los artificios de Dionisio.

Tomada esta resolución, al día siguiente di respuesta a Dionisio: "He decidido quedarme; pero te ruego, agregaba, no considerarme como el apoderado de Dion, y, además, escribirle ambos para comunicarle lo que acabamos de resolver y preguntarle si no tiene algo que decir. Si encuentra objetable nuestro pacto y desea pedir otra cosa, que nos escriba cuanto antes. Mientras tanto, no cambies nada en el estado de sus negocios". Esto fue todo lo que convinimos, lo que fue pactado entre nosotros, según sus términos aproximados.

Después, los navíos se hicieron a la vela, y entonces se me hizo imposible embarcarme. Fue en este momento cuando Dionisio me hizo saber que de los bienes de Dion sólo le pertenecían la mitad, y el resto era propiedad de su hijo. Me hizo saber, además, que se disponía a venderlos y que, una vez esto realizado, me daría la mitad del valor y guardaría la otra mitad para el niño; agregó que le parecía el arreglo más equitativo. Estas palabras me consternaron, y aunque me parecía completamente ridículo agregar una palabra, no cesaba de decirle que era preciso esperar la carta de Dion y hacerle saber los nuevos cambios. Pero él, inmediatamente después de esta conversación, se puso a vender los bienes a toda prisa, tal como le plugo, sin dignarse decirme una palabra del negocio. Yo hice otro

tanto; no le dije una palabra más de todos los asuntos de Dion, porque estaba convencido de que no avanzaría un milímetro en esta forma.

De esta manera, por aquel entonces, vine en ayuda de la filosofía y de mis amigos. Desde este momento, he aquí cómo vivimos, Dionisio y yo: por mi parte, miraba hacia el exterior como un pájaro impaciente por librarse de su jaula. Dionisio buscaba deshacerse de mí por todos los medios, sin entregarme nada de los bienes de Dion. A pesar de esto, manteníamos ante toda Sicilia la apariencia de nuestra amistad.

Entretanto, Dionisio intentó disminuír la soldada de los más antiguos de sus mercenarios, contrariando así la práctica de su padre. Pero los soldados protestaron en masa y manifestaron que no lo tolerarían. El tirano ensayó entonces la fuerza cerrando las puertas de la ciudadela; los soldados se lanzaron entonces contra la muralla vociferando una especie de canto bárbaro y guerrero. Dionisio se amedrentó, les concedió todo, y aumentó incluso la soldada de los peltastas que se habían reunido.

Luégo se generalizó el rumor de que Heráclides era el autor de tales disturbios. Heráclides, habiendo tenido viento, huyó y se mantuvo escondido. Dionisio quiso hacerlo arrestar, pero no sabiendo cómo hacerlo, hizo venir a Teodoto a su jardín, donde justamente me encontraba yo paseándome. Lo que se dijeron en esa ocasión, sobre todo lo que Teodoto dijo a Dionisio en mi presencia, lo tengo vivo en la memoria. "Platón, dijo, trato de convencer a Dionisio de que, si logro traer a Heráclides a su presencia para que responda de los cargos que se le hacen, le dejará partir para el Peloponeso y vivir allí sin causar perjuicios a Dionisio, si es que éste ha decidido no dejarlo permanecer en Sicilia. Ya le he enviado un despacho, quiero insistir todavía. Quizá se incline a mi primero o a mi segundo llamado. Pero ruego y suplico a Dionisio que si Heráclides es encontrado, sea aquí, sea en el campo, no se le cause otro mal que el del exilio, hasta que Dionisio decida en otra forma. Consiento, dijo éste, e incluso si se le halla cerca de tu casa, no recibirá otro castigo que el que tú has mencionado".

Al día siguiente, por la tarde, Euribios y Teodoto llegaron hasta mí, profundamente agitados. Teodoto tomó la palabra:

"Platón, dijo, tú has sido testigo de las promesas de Dionisio a propósito de Heráclides. Sin duda, respondí. Pero, ahora, los peltastas corren por todas partes para capturarle, y es muy posible que no se encuentre lejos de aquí. En estas circunstancias, agregó, es indispensable que tú nos acompañes donde Dionisio". Partimos inmediatamente y entramos en el palacio. Mis dos compañeros permanecían en pie, anegados en lágrimas. Yo tomé la palabra: "Estos caballeros temen que, no obstante lo que hemos convenido ayer, tú tomes alguna nueva medida a propósito de Heráclides; porque al parecer se sabe que se ha refugiado cerca de aquí".

Al escuchar estas palabras, Dionisio enrojeció y pasó por todos los colores que puede tomar un hombre colérico. Entonces Teodoto se arrojó a sus pies, tomó sus manos y le rogó que no hiciese tal cosa. Me interpuse y le dije para darle valor: "puedes estar seguro, Teodoto; Dionisio no osará hacer nada contra sus promesas de ayer". Entonces, éste, lanzándome una mirada de verdadero tirano, me gritó: "A ti no te he hecho ninguna promesa, ni grande ni pequeña". "¡Por los dioses! repliqué yo. Tú me has prometido justamente lo que se te pide que no hagas". Diciendo estas palabras volví la espalda y me retiré. Se continuó la cacería contra Heráclides; pero Teodoto envió emisarios para alentarlo y decirle que huyera. Dionisio envía a Tisias en su búsqueda ayudado de peltastas; pero Heráclides, prevenido, se refugió al cabo de algunas horas en tierra sometida a los cartagineses.

Después de esto, Dionisio, que desde hacía tiempos proyectaba no devolver los bienes de Dion, creyó tener un motivo plausible de hostilidad contra mí, y en seguida me sacó de la ciudadela con el pretexto de que las mujeres debían celebrar durante diez días un sacrificio en el jardín que yo ocupaba. Me ordenó entonces pasar este tiempo fuéra, en casa de Arquedemos. Mientras estuve allí, Teodoto me hizo buscar, me testimonió su indignación por lo que había pasado, y se desató en quejas contra Dionisio. Este, sabedor de que yo había ido a donde Teodoto, hizo de esto un nuevo pretexto de desacuerdo, conmigo, de la misma calidad del primero, y envió un emisario a preguntarme si yo había visitado a Teodoto, cuando éste me había invitado. "Ciertamente, respondí". "Entonces, respondió

el emisario, Dionisio me ordena decirte que has obrado muy mal prefiriendo a Dion y sus amigos". Esto me comunicó. En adelante no me hizo llamar más a su palacio, como si fuera evidente mi amistad con Teodoto, Heráclides, y sus enemigos. Por otra parte, pensaba que yo no tenía la menor benevolencia para con un hombre que había dilapidado la fortuna de Dion.

En adelante, habité, pues, fuera de la ciudadela, entre los mercenarios. Allí, ciertas personas y, sobre todo servidores, originarios de Atenas, mis compatriotas, salieron a mi encuentro para decirme que había sido calumniado ante los peltastas, y que algunos me buscaban para darme muerte. Imaginé entonces un medio para salvarme. Envié un mensaje a Arquitas y a mis amigos de Tarento para hacerles saber la situación en que me encontraba. Estos, con el pretexto de una embajada oficial, enviaron un navío de treinta remos comandado por Lamiscos, uno de ellos, que desde su llegada intercedió por mí ante Dionisio asegurándole que yo deseaba partir y rogándole que no me opusiera ningún obstáculo. Dionisio consintió y me dio permiso, después de darme dinero suficiente para mi pasaje. En cuanto a los bienes de Dion, no reclamé nada, y nada se me dio.

Una vez en el Peloponeso, en Olimpia, encontré a Dion, que asistía a los juegos, y le conté todo lo que había pasado. Tomando a Zeus por testigo, Dion quiso en seguida comprometernos, a mí, a mis parientes y a mis amigos a fin de hacer preparativos para tomar venganza de Dionisio. Nosotros, porque el tirano había violado las leyes de la hospitalidad (así calificaba y juzgaba él su conducta); él, porque había sido apresado y exilado injustamente. Tras estas palabras, le respondí que podía comprometer a mis amigos si éstos consentían, pero en cuanto a mí, le dije, vos mismo y tus amigos me habéis obligado a compartir la mesa y los sacrificios de Dionisio, y éste, que creía, posiblemente influído por un gran número de calumniadores, que yo conspiraba contigo contra su persona y contra su trono, se abstuvo de matarme y respetó a su huésped a pesar de todo. Pero, puesto que por mi edad ya no soy hábil para empuñar las armas, puedo decirlo, en ninguna guerra, quiero sin embargo permanecer como un lazo de unión entre vosotros, en el caso

de que deseéis algún día renovar vuestra amistad y emprender alguna empresa útil; en caso de que queráis hacer el mal, dirigíos a otro. He aquí lo que le dije saturado como estaba por el disgusto que me produjeron mis viajes a Sicilia y su fracaso. Pero ellos no me escucharon y rechazaron mis tentativas de reconciliación. Toda la responsabilidad de los hechos que sobrevinieron después, sólo les cabe a ellos; porque si Dionisio hubiera entregado sus bienes a Dion o se hubiese reconciliado completamente con él, ninguna de tales desgracias hubiera llegado, por lo menos en la medida en que se puede estar seguro de ello, cuando se trata de asuntos humanos; porque yo tenía suficiente voluntad para retener fácilmente a Dion. Pero lanzándose el uno contra el otro, han sembrado la desgracia por todas partes.

Sin embargo, Dion tenía el mismo deseo que tenía yo mismo, puedo afirmarlo, el deseo que debe tener todo hombre sensato: con relación a su poder, a sus amigos, a su propia ciudad, no habría soñado con la conquista del poder y de los grandes honores sino para prestar los más grandes servicios. No obra así el que se enriquece junto con sus amigos y su ciudad, complotando y reuniendo conjurados, mientras es débil, no es dueño de sí mismo y se deja cobardemente dominar por el placer; que en seguida asesina a quienes tienen fortuna, calificándolos de enemigos suyos, toma sus bienes, los dilapida e invita a sus camaradas a hacer otro tanto para que ninguno lo contamine de su pobreza. Es preciso decir otro tanto de aquel que es honrado por una ciudad como su benefactor, porque ha distribuído, por decreto, a la multitud, los bienes de unos pocos, o porque, a la cabeza de una ciudad grande, señora de otras pequeñas, atribuye a la suya los bienes de las más pequeñas contrariando así la justicia. No, jamás Dion ni ninguno de los suyos buscará un poder que le traería maldición a él y a su posteridad; buscará, en cambio, establecer una buena constitución y las mejores y más justas leyes, asesinando y expatriando el menor número posible de personas.

Tal era la conducta de Dion; prefería sufrir una injusticia a cometerla, aunque buscase ampararse contra ella. Sucumbió en lo álgido de la victoria contra sus enemigos, pero eso nada tiene de sorprendente. Porque un hombre piadoso, prudente

y sensato no sabría jamás equivocarse sobre el carácter de los malvados; pero quizá no sea sorprendente que le ocurriese lo mismo a un hábil piloto que no falla en prever las tempestades, pero que perece porque no puede calcular ni su violencia ni lo inesperado. La caída de Dion se debió a la misma causa. Había discernido muy bien la perversidad de quienes le hicieron caer, pero no había podido medir la profundidad de su estupidez, de su maldad y de su ambición. He ahí el error que ha causado su muerte y que ha cubierto a Sicilia de duelo infinito.

Los consejos que tengo para daros después de esta historia, ya os los he dicho y son suficientes. Por qué he regresado de mi segundo viaje a Sicilia, es lo que me ha parecido necesario aclararos a causa de las extrañas explicaciones que circulan. Si las que acabo de dar os parecen más justas, y las razones de los hechos son más satisfactorias, tendré mi relato por razonable y suficiente.